CAMBIO DE AGUINALDOS

—¡Ay, qué semana! ¡Qué apuros
con los regalos malditos!
Se me han ido en regalitos
lo ménos cuarenta duros.
Ninguno sin su propina
se ha escapado hasta el presente:
el limpiabotas de enfrente,
el tendero de la esquina,
la aguadora, el peluquero,
la cocinera Ramona,
el chico de la patrona,
el chico del sombrerero,
el chico de don Facundo,
el chico del impresor...
¡Si en estos días, señor,
tiene chicos todo el mundo!
¡Esto ya es mucho abusar!
¡Si es cosa de andar á palos!
Y aún me quedan dos regalos,
á quienes no he de faltar.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Mi Rita—¡mi amor divino!—
que me esperará mañana,
y el chiquillo de mi hermana,
que es bruto, pero es sobrino.
A Rita, la pobrecita,
que es tan buena y tan hermosa,
le compraré... cualquier cosa.
¿Qué le compraré yo á Rita?
¿Un aderezo? ¡No! ¡No!
¡Eso cuesta un dineral!
Cualquier cosita... Con tal
de que se la mande yo,
la agradece, de seguro.
¿A qué gastar? ¡Tontería!
Compraré una chuchería
que no cueste más de un duro.
Yo no puedo derrochar;
sin dinero me quedé.
Voy á un bazar y veré
lo que le puedo comprar.
¡Andando! En un periquete
despacho asunto tan grave.
Al chiquillo, ya se sabe,
á ese le compro un juguete.

—

Dijo Juan, y dicho y hecho;
tomó, sin más dilación,

el sombrero y el bastón,
y fuese al bazar derecho.
Después de mucho pensar
y de mucho discutir,
sin saber dónde elegir,
y sin saber qué comprar,
se detuvo de repente
ante una barra muy fina
de jabón de glicerina,
y pegándose en la frente
con el puño del bastón,
exclamó:—¡Ya lo encontré!
A ver, joven, deme usté
esa barra de jabón...
Mil gracias; hasta otro día...
Rita lo agradecerá.
¡Andando! Vamos á la
sección de juguetería.
(Y allí, por una peseta,
y dándose mucho tono,
se compró un mono, muy mono,
tocando la pandereta).
—¡Muy bien! ¡Basta de juguetes!
Vamos, que me esperarán.
(Y se fué á su casa Juan,
feliz con los dos paquetes).

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Llamó á Canuto, el criado,
que es un pedazo de bruto,
y le dijo:—A ver, Canuto,
vas á llevar con cuidado
estos regalos.
—¿A quién?
—Este para mi sobrino,
y este jabón, que es muy fino,
para mi novia.
—Muy bien.
Al punto á entregarlos voy.
—No te equivoques, zoquete;
ya lo sabes, el juguete
para...
—¡Sí, señor; ya estoy!

—

Marchóse Juan al teatro,
luego á casa, y se acostó.
(Esto que cuento, ocurrió
el miércoles veinticuatro).
El jueves por la mañana
descansaba como un leño,
cuando interrumpió su sueño
la visita de su hermana.
—¡Ay, Juan del alma, querido!

¡Ay, Juan!
—¿Qué tienes, mujer?
—¡Ay, Juan! ¿Qué hemos de tener?
¡Ay, Juan!
—Pero, ¿qué ha ocurrido?
—¡Que mi niño está muy malo!
—¿Muy malo?
—¡Sí! ¡Muy malito!
¡Todo por el regalito!
—¿Qué dices?
—¡Por tu regalo!
—Pero, ¿qué ha pasado? ¡A ver!
¿Qué tiene?
—¡Una indigestión!
¡¡Que se ha comido el turrón
que tú le mandaste ayer!!
—¿Turrón?
—¡Su estado me inquieta!
—Pero, mujer, no me explico...
¡Si yo le he mandado un mico
tocando la pandereta!
—¡Ha sido turrón!
—¡No hay tal!
—Si el niño me ha confesado
que se lo dió tu criado,
que le encontró en el portal.
—¡Tengo una duda maldita!...
—¡Ay, Juan! ¡Comprende mi afán!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

(En esto, recibió Juan
una carta de su Rita).

—

«Tu mono ayer recibí,
»y te digo, sin encono,
»que no vuelvas por aquí,
»porque teniendo este mono,
»¿para qué te quiero á tí?»

—

—¡Hermana del corazón!
Resuelta mi duda está.
¡Maldita equivocación!
¡Ya lo creo que tendrá
tu chico una indigestión!
¡Acude á la Medicina!
¡A ver si ella lo remedia!
Tu niño,—¡Virgen divina!—
¡¡se ha comido libra y media
de jabón de glicerina!!!...

A UNA SEÑORA QUE CANTA MUY BIEN

EN SU ALBUM

No hay, señora, un poeta
seguramente,
que de su voz no diga
lo que es corriente;
que es caudal de armonías,
arpa del cielo,
grata como el murmullo
del arroyuelo;
como el céfiro blando
melíflua y suave;
dulce como los tiernos
cantos del ave;
brisa que amante besa
lago tranquilo...
¡y otras cincuenta cosas
por el estilo!

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Dejaré á los poetas
que se desaten;
yo no digo esas cosas
aunque me maten.
¿Que por qué no las digo?
Sencillamente
porque debe decirse
lo que se siente.
Y yo creo, señora,
con fundamento,
que ni canta el arroyo
ni canta el viento.
Concedo, de buen grado,
que cante el ave.
Pero, ¿qué es lo que dice?
¡Nadie lo sabe!
Yo no creo, señora,
que haya eruditos
que sepan lo que dicen
los pajaritos.

—

«¡Canta usted como un ángel!»
diránle á veces,
y la ofenden con esas
estupideces.

Los ángeles, señora,
como son chicos,
no saben más cantares
que villancicos.
Lo más que se permiten
algunos días,
es entonar maitines
ó letanías...
Ya vé usted que la ofenden,
—se lo repito,—
los que á usted la comparen
á un angelito.

—

Yo diré sin rodeos
ni digresiones,
sin usar esas vanas
comparaciones,
que es usted una artista
de sentimiento;
que en usted la hermosura
se une al talento;
que hay pocas *primas donnas*
que valgan tanto,
y, en resumen, que canta
que es un encanto.

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Reciba usted ahora,
señora mía,
el entusiasta aplauso
que aquí le envía
el que en sus importunos
renglones cesa,
y se ofrece su amigo
que sus piés besa.

LA VIRGEN DEL PINAR

(El que vá á la romería,
se arrepiente al otro día.)

I

—¡Por Dios, madre!
—¡No, hija, no!
¡Ya te he dicho que no vás!
—Pero, ¿por qué no he de ir yo
como todas las demás?
—Tenemos mucho que hacer.
—Pero una tarde siquiera...
¡Hoy es fiesta!
—¡Qué ha de ser!
—¡Bueno, como si lo fuera!
Nadie, desde el medio día,
trabaja hoy en el lugar.
¡Como que es la romería
de la Virgen del Pinar!
¡Yo siempre devota fuí
de Virgen tan milagrosa!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—No es la Virgen lo que á tí
te llama, sino otra cosa.
¿Otra cosa?
—¡Sí, tontuela!
La causa de tus antojos
es Antón, el de Manuela...
¿Lo ves? ¡Ya bajas los ojos!
—Pues, ¿á qué ocultarlo ahora?
¡Me gusta mucho ese chico!
—¿Y él te quiere?
—¡Sí, señora!
—¡Tú tan pobre y él tan rico!
—¿Y eso qué importa?
—¡Inocente!
¿No ha de importar, hija mía?
—Pues ayer tarde en la fuente
me dijo que me quería.
Que soy su dicha, su amor;
que en mis ojos se miraba.
Y cogiéndome una flor
que yo en la mano llevaba,
me juró, dándola un beso,
que es su amor firme y constante...
Me parece, madre, que eso
es ya decirme bastante.
—¡Decir!... ¡Decir!... ¡Qué ilusión!
—¿Duda usted?
—¡Dudo, María!

¡Esas promesas de Antón
son pura palabrería!...
—¡Pero, madre!
—¿Te incomodas?
—¡Pues no me he de incomodar?
—Te dijo á tí lo que á todas
las muchachas del lugar.
No fíes, hija, en su amor,
que por voluble y liviano
durará lo que la flor
que llevabas en la mano.
¿Lloras?
—¡Llorar no quisiera!...
—Pues yo un deber considero...
—¡Ay, madre, si usted supiera
lo mucho que yo le quiero!
Y él me quiere, no mentía,
que cuando la flor besaba,
¡si usted viera, madre mía,
de qué modo me miraba!
Y aunque es rico, y aunque sea
suyo el cortijo, de fijo
nadie dirá que por fea
no merezco yo un cortijo.
—¡Dices bien, que eres hermosa
y buena como ninguna!
—Pues ceda usted cariñosa...
No se oponga á mi fortuna...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Antón ayer me citó
para hoy en la romería...
—¡Pues... vé! No digas que yo...
—¿Es de veras?... ¡Qué alegría!...
¡Un abrazo!... ¡Qué placer!...
¡Ay, madre!...
—¡Qué loca eres!...
—Adiós, me voy á poner
de veinticinco alfileres...
—¿Y con quién vás?
—Con Fernando.
y con su hermana Vicenta.
¡Si ya me están esperando!
¡Ay, madre!... ¡Estoy más contenta!...
—Piensa en el refrán, María;
no olvides en tus afanes:
que el que vá á la romería
se arrepiente al otro día.
—¡Quién se fía de refranes!

II

—¿No has dormido nada?
—¡No!
—¿Llegaste cansada?
—¡Sí!

—Pues, cuenta, ¿qué te pasó?
Pero, ¿lloras?
—¡Ay, de mí!
¿No he de llorar, madre, al ver
lo que no pude esperar?
¡Qué desengaño el de ayer
en la Virgen del Pinar!
¡Llegué, y allí estaba Antón,
y ni me miró siquiera!
¡Ay, madre!
—¡Si es un bribón!
—¡Burlarse de esa manera!
¡Con todas fino y atento,
y conmigo indiferente!
¡No se acordó ni un momento
de lo que me habló en la fuente!
Sus amigos se reían
y con burla me miraban...
¡Los infames no sabían
el daño que me causaban!
Me invitaron á bailar,
y el obsequio no acepté.
Me tuve que disculpar
conque me dolía un pié.
Y álguien dijo: «¡Está muy grave!
¡No habrá quién no se lo crea!
¡Si ya todo el pueblo sabe
desde hoy de qué pié cojea!»

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

¿Qué vergüenza, madre!
—¡No!
¡Alza, hija mía, la frente!
¡Bájela quien se burló
de una muchacha inocente!
—¡Qué grande fué mi sufrir!
¡Y qué amargo mi llorar!
¿Por qué me dejó usted ir
á la Virgen del Pinar?
—¡Bien te lo advertí, María!
Bien te recordé en tu afán,
que el que vá á la romería...
—¡Ay, madre del alma mía!
¡Qué razón tiene el refrán!

CONTESTACIÓN A UN AMIGO

(IMITACIÓN DE VILLERGAS)

Tu carta, Juan, recibí,
y tus refranes leí,
y aunque en saberlos me ganes,
contestaré con refranes
ya que lo quieres así.
Me dices en tu misiva
que en amar á una mujer
tu felicidad estriba,
y que quieres que te escriba
diciéndote qué has de hacer.
Procura, Juan, que ella te ame,
pero si te pone trabas
justo es que á tu oído exclame:
—*Si en tu casa cuecen habas...*
el buey suelto bien se lame.
Pero si te ama la chica,
cásate, pues siendo rica

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

te diré en buen español:
—*Cuando llueve y hace sol...*
sarna con gusto no pica.
No seas tan insensato,
y pues en eso no hay yerro,
dirás, dándote buen trato:
—*Tajada que lleva el gato...*
pierde pan y pierde perro.
Vive contento y ufano
mientras tu amor satisfagas,
que es un refrán castellano,
que *el que no está hecho á bragas...*
amanece más temprano.
Serás feliz de seguro;
no mi consejo te enoje,
pues aunque el trance es de apuro,
quien bien tiene y mal escoge...
á buen hambre no hay pan duro.
¡Cómo vas á disfrutar!
Yo, Juan, aunque poco valgo,
sé bien que para gozar,
no por mucho madrugar...
de casta le viene al galgo.
Pronto mi consejo toma;
no esperes á que te diga
la gente en tono de broma:
que en nombrando al ruín de Roma...
San Pedro se la bendiga.

Cásate, amigo estimado;
no más disparates hagas,
pues ya sabes demasiado
que á caballo regalado...
las costuras le hacen llagas.
Hoy, Juan, como en otros días,
comparto tus alegrías,
tus dudas y tus afanes,
y basta ya de refranes,
¡y basta de tonterías!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Á UN HOLGAZÁN

Holgazán te llaman, Juan,
y dicen bien, sí, señor,
los que tal nombre te dan,
porque eres un holgazán
de los de marca mayor.

—

Te entregas honradamente
al grato y *dolce far niente*,
que, á tu juicio, no degrada,
y no te ocupas en nada,
en nada absolutamente.

—

Siempre comiendo y holgando,
pasas tu vida cantando
como el tonto del lugar:

Todos viven trabajando;
yo vivo sin trabajar.

—

Mas tienes mucha razón
al pensar de esa manera.
Yo apruebo tu decisión.
Sigue firme en tu opinión,
y que trabaje el que quiera.

—

Dice la gente formal
que el trabajar es muy sano;
mas no lo creas, no hay tal.
Tú eres el bello ideal
de todo el género humano.

—

Haces muy bien, lo repito;
y te juro que si yo
trabajo poco, poquito,
es porque lo necesito,
pero, ¿por gusto? ¡eso no!

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Dios, cuando á Adán ha creado,
no quiso que trabajára...
¡Eva nos ha fastidiado!
¡Si Adán no hubiera pecado,
otro gallo nos cantára!

—

Mas por ser desobediente,
hincó en la manzana el diente,
y Dios, maldiciendo á Adán,
dijo:—«¡Ganarás el pan
con el sudor de tu frente!»

—

Desde entonces el deber
víctima nos hace ser
de ese castigo ejemplar,
y si queremos comer
tenemos que trabajar.

—

Mas tú, mi querido amigo,
no aceptas ese castigo,
y haces, Juan, perfectamente.
¿Qué tienen que ver contigo
Eva, Adán y la serpiente?

—

Jamás el pan te ha faltado,
y lo que comiendo estás
ningún sudor te ha costado.
Cómelo, pues, descansado
y que suden los demás.

—

Vive, Juan, á tu placer,
y no te canses de ser
holgazán, ¡por Belcebú!
¡Feliz quien pudiera ser
tan holgazán como tú!

CAPILLA A.
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA

CUENTO

I

—Señor cura...
—¡Hola, Pepita!
—Perdone usted la molestia,
pero vengo á consultarle...
—Si es un caso de conciencia,
puedes hablar, hija mía,
y decirme lo que quieras.
—Es el caso, señor cura,
que yo... No sé si me atreva...
—No tengas temor ninguno,
y explícate con franqueza.
—Pues es el caso que yo
quiero con el alma entera
á un hombre...
—Si no es más que eso,
no hallo motivo de queja.